



— Tengo autorización para estar presente.

— ¡Muéstrela! — le gruñó el mismo detective que había hablado antes.

De mala gana el profesor procedió a presentarles sus documentos.

— ¡Oh! ¡Un detective norteamericano! Entonces ¿usted estará buscando a ese joven Randolph?

— Sí. Ante todo necesito saber qué fué lo que ocurrió. ¿Puede hablar Mattioli?

— Sí — dijo Mattioli débilmente. — Puedo hablar.

— Entonces — arguyó el profesor con presteza, — tengo instrucciones de ofrecer a usted 30.000 libras en el caso de que esté dispuesto a firmarme un documento en el cual se declara responsable de la iniciación de la disputa, y en el cual toma a su cargo la mitad de la culpa.

— Estoy de acuerdo.

— Solamente puede hablar durante cinco minutos — dijo la enfermera. — Ha estado muy mal; sólo hace tres días que ha pasado la crisis. No se dió aviso a la policía, pues temíamos los interrogatorios. Recuerden, caballeros, que sólo puede hablar durante cinco minutos.

— ¿Usted está sobornando al señor Mattioli? — inquirió uno de los detectives.

— Daños y perjuicios, a fin de arreglar el asunto fuera de los tribunales.

— Pero no será hasta que hayamos logrado capturar al señor Randolph, que deberá ser juzgado como correspondiente. Una vez terminado el juicio, el señor Mattioli podrá demandarlo por daños y perjuicios. ¿Acaso el señor Randolph es cliente suyo?

— No he dicho eso. Pero no desperdiciemos estos cinco minutos. Mattioli, ¿qué fué lo que ocurrió?

— Randolph trató de quitarme la novia. — Los ojos de Mattioli se llenaron de lágrimas. — Yo le advertí que debía retirarse y dejarnos en paz. El no hizo caso de mi advertencia. Yo le dije algo... y él me golpeó. Esa es toda la verdad.

— Muy bien, ya estamos aclarando algo. Ahora nos dirá usted qué fué lo que le llamó al señor Randolph, el norteamericano — demandó el detective italiano.

Mattioli vaciló. Se daba cuenta que

la verdad absoluta haría peligrar la oferta de 30.000 libras.

— Le llamé tenor...

Silencio.

— ¿Qué fué lo que usted le llamó?

— ¡Tenor!

— ¿Y él es tenor?

— Sí.

— ¿Quiere usted decir que él le golpeó porque usted lo llamó...?

Los detectives italianos soltaron una sonora carcajada. Uno de ellos le dió un punch al otro en las costillas.

— ¡Tenor!

— ¡Le llamó tenor a su rival!

Después de unos segundos, y luego que pudo contener la risa, uno de los detectives italianos se dirigió al profesor diciéndole:

— Lo siento mucho, señor, pero nuestra orden de captura especifica que es por asalto y golpes con intención de matar. Estos dos hombres deberán ser careados y sus relatos sobre lo ocurrido verificados. Ha hecho usted mal en ofrecer esa suma por daños, como usted le llama, antes de que el juicio se ventile. Actualmente no se arreglan asuntos como éste fuera de los tribunales. Italia ha cambiado mucho desde que sus padres se fueron de aquí. Los tiempos cuando los norteamericanos podían golpear a un italiano y luego zafarse mediante el pago de una fuerte suma de dinero, no existen ya. ¿Dónde está su cliente? — interrogó con brusquedad.

El profesor Wilson sacudió la cabeza sonriendo.

— Ese es asunto suyo, caballero.

— Nosotros tenemos poder suficiente para detenerlo, señor. Tenemos también medios para obligarle a confesar el paradero de ese señor Randolph.

— Soy un ciudadano norteamericano. Sírvanse leer esto, caballeros — dijo el profesor ofreciéndoles un documento que los otros no habían visto aún.

Cuando los detectives hubieron terminado de examinar el documento, el profesor se cuadró y les saludó con cortesía.

— La palabra del embajador de Italia en Norte América es suficiente. Según parece, este joven Randolph es un pájaro de cuenta...

— Ustedes sabrán.

— ¿Y también es buscado por la policía norteamericana?

El profesor se encogió de hombros, pero se dió cuenta que había caído en un lazo hábilmente tendido por aquellos pesquisantes italianos. Lo vigilarían y le seguirían los pasos. No podría despachar un telegrama ni hablar por teléfono. Ya sabía él que la presencia de esos hombres junto a la cama de Mattioli le traería consecuencias desagradables.

— ¿Y mi dinero? — inquirió Mattioli.

— Ni un centavo ahora.

— ¡Muy bien! ¡Entonces diré la verdad! ¡El amenazó matarme!

— Caballeros — les interrumpió la enfermera, — los cinco minutos han pasado ya. Tendrán que retirarse. El enfermo necesita mucha tranquilidad.

Una vez en la calle, el profesor respiró profundamente. El auto que lo había traído de Bellagio, había partido ya.

— Buenas noches, caballeros.

— Buenas noches. ¿Dónde se hospedará usted? — preguntó uno de los italianos.

— Me encontrarán en el Grand Palace.

— Muy bien. nos queda de paso.

Lo acompañaron hasta que el profesor quedó confortablemente instalado en el Gran Palace; después se retiraron, separándose en la puerta de calle. Cuando el viejo profesor se volvió para abrir la valija, quedó horrorizado: ¡en el lugar más visible alguien había pegado una de las etiquetas del hotel!

Ahora podrían seguirle la pista. Por primera vez, durante cinco años, se había descuidado, ¡y tan luego en ese momento! El no podía prever lo que pudiera ocurrir el día siguiente.

Muy temprano, a las siete de la mañana, se presentaron al hotel los dos detectives italianos.

— Salimos para Ballagio en este momento — dijo uno de ellos. — ¿Querrá usted acompañarnos, o se quedará aquí?

— ¿Fué la etiqueta?

— Efectivamente. Todos cometemos errores...

— Tiene usted razón. Bien, saldremos para Ballagio — dijo el profesor resignadamente.

(Continuará en el número próximo)

Como vive el país...

(Continuación de la página 7)

el que dos parejas se besan, la situación le produce hilaridad.

En las películas no traducen en sus gestos el dolor o la alegría, pues su estoicismo les impide quejarse.

Los japoneses no tienen interés en exportar sus películas, porque saben que no pueden ser interpretadas por los hombres de occidente, ya que desconocen la psicología y el carácter de su pueblo.

EL CONCEPTO DEL DESNUDO

En los baños públicos del Japón, se ven continuamente hombres y mujeres desnudos, gozando de las delicias del agua, como la cosa más natural del mundo. Tienen un concepto del pudor más elevado que el nuestro, y el desnudo no está considerado como pornografía.

Volvamos al dibujante argentino Pelele. Decía, refiriéndose a su reciente viaje al Japón:

— En los alrededores de Nikko, vi un espectáculo interesante: en uno de los arroyos se ha descubierto una fuente de agua caliente natural y las geishas, al caer la tarde, cuando el sol ya no puede quemar su piel, se bañan allí desnudas. El desnudo no llama la atención entre los nipones; pero, sin embargo, las mujeres tienen el pudor de lo antiestético; una de las japonesitas, cuando observó que yo la miraba, atinó a taparse, con una pequeña toalla, la cicatriz de una operación de apendicitis que había sufrido...

Refiriéndose al respeto que existe por la mujer, Pelele agrega:

— En Japón hay un gran respeto por la mujer: se desconoce el piropo, y hasta la mirada indiscreta. Allí se ven señoritas, a altas horas de la noche, retirarse a sus domicilios sin el menor peligro de una grosería.

Para terminar, y como prueba de cultura del pueblo nipón, recordaremos que hay diarios que tiran más de dos millones de ejemplares por día y que se imprimen simultáneamente en cinco ciudades distintas de acuerdo con la técnica de televisión que ya quisieramos para nuestros rotativos.

F I N